

La famosa noche de Robinsón en Pamplona

SEÑORAS Y SEÑORES, AMIGOS MÍOS:

Una vez más, en Donostia de invierno, espiritual y acogedora, fresca de fuego tradicional y de moderna gracia, vengo a pasar en vuestra compañía una velada que será perfecta si tenéis en oirme la mitad del gusto que yo tengo en hablaros. Quiero, esta noche, en el corazón de la Alegre Guipúzcoa, brindar por la Alegre Inglaterra con el vino de Olite que nos dará una antigua posada de Pamplona.

Por Octubre de 1687, Robinsón llegado meses antes de la isla desierta salía de Lisboa para dirigirse a Madrid y Pamplona. Se le juntaron en sus días de Portugal, cinco pícaros y finchados fidalgos de bolsa flaca y enormes mostachos, que le adulaban proclamándole portento de la historia y héroe de la naturaleza. Sabían que su héroe se había vuelto millonario con la trata de negros y las plantaciones que había dejado en el Brasil, antes de naufragar en la isla y que—durante cosa de 30 años—habían aumentado fabulosamente en manos de un buen socio y a interés compuesto. Sabían además, estos cinco gorriones de alta escuela, que Robinsón era un pobre hombre, inmensamente vanidoso, porque son estos héroes del aislamiento más propensos que otros a vanidad sin límites, cuando salen a flor de mundo, alzados y cogidos en las redes de la sociabilidad y encadenados a los cebos de la espectación y del halago.

Durante largo tiempo, Robinsón no había tenido otro quehacer sino ocuparse de sí propio. A la manera del peñón ignoto del Océano miraba alrededor un inmenso y perfecto círculo de horizonte que le reconocía único centro y único señor. Solamente cuando comprendemos que el mundo está lleno de centros del mundo surgen en nuestro corazón modestia y alegría y no queremos, ya sino júbilo

de archipiélagos, especie de *aurresku* de las islas, cuyo chistu y cuyo tamboril bajan del Reino de los Cielos.

El infortunio material de Robinsón consistió en haber naufragado en una isla desierta. Pero su infortunio moral, antes del aislamiento, en el aislamiento y después del aislamiento consistió en haber llevado siempre un alma que era isla desierta y jamás se pudo poblar de lazos entrañables. Como el Reino de Dios, la isla desierta, dentro de nosotros está. En nosotros está el elegir el islote solitario o el alegre archipiélago. Religión sólo es religadura y religadura con Dios sólo se logra por religaduras, de amor entre los hombres. Es lo que Robinsón con su Biblia, mano a mano con la Providencia o cubierto de un humanitarismo glacial no comprenderá nunca. Durante los 29 años de su soledad insular nunca se conmovió con aquello que suele religarnos a la especie humana: los amores, las amistades, el hogar, los recuerdos de infancia. ¡Cuanto nos hubiera podido emocionar recordando estas cosas: lo que había dejado lejos y lo que esperaba volver a encontrar! Pero Robinsón nada había dejado, allá lejos. Héroe sin recuerdos de infancia y sin amor de mocedad era el más antifamiliar y antihistórico de los héroes. Procedía no sólo de la fría raza puritana que había cortado la cabeza frívola y ungida del Rey sino, sobre todo —y este ya es mucho mayor crimen— de la fría raza puritana que había cortado —en un triste y famoso episodio— el espino de la noche de Navidad sobre el sepulcro del Rey Arturo y de donde había nacido, tierna, heroica y cristiana, toda la historia de Inglaterra. No se acordará no, Robinsón en la isla, de las alegres Navidades de una bella niñez inglesa. No se acordará, no, de cosa ninguna popular y entrañable, tradicional y familiar. El crimen de la mano impía que ha cortado el espino milagroso y poético de Inglaterra ha secado el corazón de Robinsón. ¡Ah pobre, pobre entre todos los ingleses, Robinsón Crusoe! En él ya se ha perdido lo que de revolucionario y grande pudieron tener los puritanos de Oliverio Cromwell y en el ya se prepara lo que de mezquino y mediocre puedan tener los metodistas. A Robinsón le toca con su falso humanitarismo y su falsa tolerancia inaugurar esa triste visión que considera el mundo como una serie de separadas islas de conciencia —y de islas protestantes— donde ya no existe un archipiélago de inseparable humanidad. Y Robinsón salvado de la isla se demostrara siempre incapaz de tener un amigo. *Robinsón sólo podía tener súbditos y socios.*

Nunca había tenido nada que le ligase a los círculos humanos

y por eso merecía como nadie verse separado de ellos. Ni siquiera el castigo le sirvió para lo que sirven los castigos; para comprender el propio pecado.

Aquel famoso autor de Robinsón era un protestante no conformista o sea contrario a lo que en la Iglesia Anglicana quedaba de católico y de sacramental, de apto para hacer inseparables a los hombres. La Inquisición Anglicana le mandó cortar las orejas. Este hombre rudo y lógico en sus errores no escribió sino el castigo que un lado de su alma merecía y de él puede decirse lo que el agudo Voltaire dijo de Rousseau: «que había escrito un nuevo libro contra el género humano». Por eso, a Rousseau le gustaba tanto Robinsón, que era, además, como el Emilio, la antihistórica apología de un auto-didacto naturista. Pero el autor del Robinsón fué ciertamente un hombre de un error casi tan grande como su genio. Se aprovechó de la insularidad que era la mas inglesa de las cosas y en el solo apellido Crusoe creo tal maravilla que apenas pronunciado se produce un eco británico de insular soledad. Por la noche los niños de Inglaterra sueñan —dice Chesterton— con fruición desconocida por los niños de otros países, que su isla se ha vuelto una isla desierta. Nunca se es tan anglosajón como en una isla desierta pero se puede ser un anglosajón mediocre como Robinsón. Esta insularidad inglesa, mezclada como a un resto de leyendas homéricas y medievales, mito de Ulises e Isla de San Balandrán es lo que ante nuestros ojos infantiles daba a Robinsón una apariencia de frescura mítica y lo que nos hacía perdonar la ingrata aridez protestante y el individualismo seco de Robinsón porque los niños son más insensibles que los hombres a la moral y mucho más sensibles que los hombres a las menores apariencias fantásticas. El niño es más ingrato que el hombre y, por eso, no entiende, que el pecado de Robinsón se llama ingratitud. Sin embargo, hasta el niño suele presentir oscuramente que algo en Robinsón le defrauda; que aunque divierta Robinsón es un opaco personaje y no un ser luminoso; que, ni desgracia ni fortuna le acercan a Robinsón a nuestra cariño y que Robinsón no podrá ser nunca un amigo como el afortunado Aladino de la lámpara maravillosa o como el infeliz Don Quijote, tan lleno de imaginación disparatada como de claro corazón.

Se había sentido reo primero, pero rey soberano después, consagrado por el infortunio. Cuando al fin arriban a su isla náufragos y negros su dominante ambición aparece madura y se cree un ser providencial, superior e infalible. Durante 30 años se había figurado

que Dios sólo existía para él y se había vuelto un autodidacto, lleno de pretensiones como todos los auto-didactos, que sin educación ninguna resolvía los más graves problemas de la religión y la filosofía. Así llegó a considerarse un ser aparte, superior a los demás, (jamás reconoció superior alguno al salir de la isla) cuando solo era un desgraciado sér, fortuitamente separado de la historia inteligente y humana para retroceder a la historia natural. Pero ni siquiera supo suplir la nativa incultura con la imaginación, la efusión y el sentimiento lírico y humorista, crítico y trágico, enamorado y mítico que se agita en el fondo de toda humanidad y hace amables e interesantes a tantos rústicos pastores del Alto Pirineo, sin letras y sin usos civiles pero de quienes siempre tenemos algo que aprender y a quienes hemos sabido siempre amar. Cuanto más se examina, más se ve que para Robinsón el problema de poblar la soledad era, al fin, igual que el de poblar su ignorancia. Le faltaba toda aquella cultura entrañable, igual a Reyes y Pastores, que había florecido para Inglaterra en el espino de la noche de Navidad. ¡Entrañable cultura popular y divina que nunca nos deja estar solos, ni ser completamente ignorantes porque nos puebla de figuras el corazón con una generosidad inagotable! Robinsón fué el más árido de los héroes pero interesante por su monstruosa absurdidad. Lo contrario de Robinsón era Andersen. Andersen de un patio de vecindad, de un vasar de cocina, de las situaciones más cotidianas y prosaicas hace cosas tiernas, fantásticas, poéticas. Robinsón de una situación odiseica, homérica, hace un diario prosaico, como el peor empleado anglosajón que escribe su diario.

Verdaderamente Robinsón, como otros sociólogos fundadores de sectas, que tanto han fatigado y puesto en ridículo a una parte del universo, no era un «Old England» no era un viejo y puro inglés de gran raza. Nacido en York, en la ciudad más vieja y preclara de Inglaterra no era sin embargo un inglés «pura sangre» de York. Su padre, un comerciante alemán de Brema, establecido cerca de York, se llamaba Kreutznaer, de donde luego en bocas inglesas vino Crusoe. Su madre debió ser una hembra metódica, vulgar y positiva, con su tanto de fanatismo y su tanto de hipocresía, hija de algún tendero de Manchester o de algún pequeño rentista del Sur de Escocia, lugares donde se han producido esas dos tendencias de la mediocridad europea que se llaman Escuela Manchesteriana y Escuela Escocesa. Del lado alemán y Kreutznaer le vino a Robinsón la tendencia a formular como un valor didáctico providencial

y filosófico el hombre devuelto a la selva y del lado escocés o manchesteriano le vino el no envolver ni idealizar este valor bárbaro con la nebulosidad y misterio propios del idealismo germánico y lo dirigió por los caminos de un moralismo obtuso y un imperia-lismo comercial y grosero. Socios y súbditos. Fué esto lo mejor. A fin de fiestas es preferible el duro y franco pionero, colonizador útil como Cecil Rhodes al inglés mestizo de confusionario idealismo y de fervor germánico como Carlyle.



Los cinco fidalgos portugueses que se pusieron a ser robinsonianos —como se es fabiano, feniano, mormón o pickwickiano— hubieron de dejarse grandes barbas y comprar quitasoles de piel de cabra. Cada uno tenía un criado negro a quien cruzar la cara con el látigo, porque desde Crusoe hasta Roosselveldt cierto humanitarismo no puede prescindir de negros de Guinea. Robinsón fué devuelto a la Europa quimérica, galante, guerrera y erudita de fines del siglo xvii a los 57 años de edad. En el aislamiento se había puesto gordo como un gordo mandadero de frailes y cuando encontró a Domingo era necesario que le encontrase porque, sólo, no se podía atar las botas. Su pellejo era rojo, estirado, embutido y reluciente. Con el clima isleño del Caribe, que se parece al de la Isla de Cuba se le cubanizó y retostó la bermeja gordura y tuvo algo de una obesidad de mejicano. El baño de bronce tropical, cayó sobre su naturaleza rubicunda de la que conservó su fuego pelirrojo en barbas y cabellos, que disponía como los bárbaros mitingos en pequeñas trenzas. A los pocos años de llegar a la isla había resuelto admirablemente la cuestión subsistencias y tenía grano para regalar al propio Cobden. Sus mayores preocupaciones fueron siempre de orden material y elemental aunque en su libro hace el hipócrita farsante destacando muy en primer término los consuelos espirituales. Sus consuelos espirituales durante más de cinco lustros —y una vez bien establecido— consistieron en comer, beber y dormir lo más opíparamente que podía y en rascarse la panza. Se hizo un gran cortador, un excelente matarife, matando y desollando en 29 años miles de reses y aprendiendo así el único oficio en que él —mal carpintero y peor herrero— resultó maestro consumado.

Pudo dedicarse a engordar —gordo matarife maravillosamente, con solidez y lentitud, durante largas horas de ociosidad y en el aislamiento, que es como se ceban mejor los animales. Se le había borrado y entumecido toda noción de sexo y la sociología era el deporte que emanaba de su adiposa madurez —la leve mariposa con que sueñan los cerdos— como la jamona monumental necesita siempre los pretextos de un espiritualismo social, artístico o afectivo: la beneficencia, la música de Wagner o el perrito. Sus digestiones eran turbadas por sueños terribles: un tifón o monstruo destruía sus plantaciones y mataba a Domingo haciéndole a él otra vez volver a trabajar. De tanto mirar y remirar el horizonte con un roto y descentrado antejo de marina se echo a perder los ojos. Al llegar a Europa compró en seguida grandes antiparras. Al desembarcar en Lisboa quiso inmediatamente ponerse los más bizarros y vistosos trajes de seda, pero nunca admitió pasar a manos del peluquero para no perder los atributos de su sorprendente personalidad semi-selvática y semireligiosa. En la Ría d'Ouro de Lisboa fué a las tiendas de los plateros y se cubrió de joyas poniéndose un magnífico collar de perlas. Siempre llevó después estas joyas, pero, en cuanto a los trajes, pronto experimentó la imposibilidad de usar otra indumentaria diversa de la que la costumbre de la isla le había impuesto durante 30 años. Su gordura, además, no era como la de las gentes civiles sino una gordura de Robinsón, que afectaba formas y modalidades absolutamente incompatibles con los figurines europeos. Los calzones ajustados de seda, los zapatos de alto tacón y con hebillas, los sombreros de plumas, el fino espadín, los guantes, las medias, las gorgueras de encaje le eran insoportables e inadaptables. Comprendió que vestido de gentilhombre o de burgués acomodado hacía el ridículo y tuvo que volver —casi contento de parecer un ente profético, inaudito y sensacional— a sus borceguíes, calzones y chupas de pieles, a su famoso quitasol y a su papagayo en el puño. De la civilización a cuyo seno volvía tomó, como el salvaje, las joyas estrepitosas, las armas reluciente, las doctas antiparras y los finos relojes. Compró para el viaje también una mula arzobispal —porque se tenía mal a caballo—. Le dijeron que habría de pasar mucho sol en su viaje a través de la España de Don Carlos II el Hechizado y adquirió uno de esos grandes sombreros de paja blanca y copa cónica que usan los campesinos de Portugal. Los cinco fidalgos robinsones le imitaron en esto como en todo. Robinsón se puso en camino para Madrid con todo su aparejo indumentario típico y

como un verdadero Robinsón para cuento de niños o barraca de feria. Le seguían con sus barbas, sombreros y quitasoles los cinco futuros apóstoles del Símbolo Robinsoniano, el negro Domingo, tres criados blancos y otros cinco negros Domingos formando todos una procesión pintoresca, bien montada y armada. Estuvieron en Madrid pocos días y el 18 de Octubre tomaron el camino de la Alcarria. El 22 durmieron en Almazán y a la madrugada siguiente pasaron la puente del Duero. Llegaron a dormir a Agreda y al día siguiente entraron, en Navarra por la barca del Ebro. Robinsón empezaba a helarse en el camino y en cada pueblo navarro que pasaban solo oían hablar del frío pavoroso que bajaba de las montañas y de gentes que retrocedían sin poder pasar los Pirineos. A cuatro leguas de Pamplona Robinsón tiritaba ya en un paisaje blanco de nieve. Acostumbrado, como recordaréis, a vestirse de pieles en una isla tropical, no sabía ya qué ponerse. Su gordura y su mula desaparecían bajo seis o siete mantas de Béjar y Palencia cuyos flecos llegaban hasta los cascos de la cabalgadura. Como en la cima de una montaña ambulante, el papagayo Poll, congelado y enmudecido iba temblando sobre el montón de ropas y de carne con todos sus colores del Paraíso. Entraron en Pamplona el día 25 de Octubre, a las seis de la tarde con dos varas de nieve en las calles. No sólo se había adelantado el invierno sino que, aquél de 1687 fué, según dice Robinsón en su historia, el más terrible que en Europa se hubiese conocido. Domingo y los otros cinco negros venían ateridos y aterrados, como si la blanca y fría nieve fuese el mayor espanto para su negra y ardorosa naturaleza.

Había entonces en Pamplona más de 30 posadas. La mayor se llamaba precisamente la del Papagayo de Indias. Todas las posadas de Pamplona estaban llenas, como las de Jerusalén cuando nació nuestro Señor. Muchas gentes no podían salir por la despiadada crudeza de los temporales y otras interrumpían sus viajes volviendo a la ciudad. Los lobos causaban estragos en las cercanías y cuadrillas de bandoleros corrían el campo. El oso rondaba por la noche las antiguas murallas de Pamplona. Cuando Robinsón se apeó con su comitiva en el Hostal del Papagayo —célebre en Europa como un hostel de Nuremberg— alguaciles y esbirros de la Santa Inquisición sacaban de la posada a seis enlutados caballeros hugonotes del Languedoc, que pretendían defender entre otras cosas la Comunión bajo las dos especies, con lo cual se hizo sitio a Robinsón y a los naturistas cristianos. Esto se ha observado en la historia ya

varias veces y se ha tenido la impresión de que al perseguir a una secta sólo se conseguía hacer hueco a otra.

La posada ocupaba un ancho caserón de traza noble que podría haber sido preceptorio de los caballeros del Temple. La cocina era amplia como un refectorio monacal y feudal, que al testero tuviese, su hogar ancho y en llamas con sus asadores y sus llares bajo la gran campana, Cocina entonada y solemne, cuyas dimensiones eran más o menos las de este salón en que estamos nosotros. Bóvedas de piedra, rebajadas y ennegrecidas, aumentaban la sensación de que este regalado lugar era un antiguo templo, dedicado a la glotonería. El espacio estaba realmente dividido en dos partes por la disposición de los bancos y mesas, de modo que la parte mayor se destinaba a comedor y sala de ocio y la parte menor a guisar y a trajinar con despensa y bodega, que tenían comunicación. Era después de todo un *grill-room* pamplonés y pirenaico de fines del siglo XVII. Las mesas adosadas a los muros se cerraban en cuadrilátero y en su centro, como posado en un atril litúrgico, bajo la bóveda del coro, estaba el centenario loro Don Patxiki, que daba nombre a la posada. Ardía bajo la vasta campana un gigante fuego de troncos enteros que levantaba llamas de la altura de un hombre y en las mesas de roble, casi contemporáneas de los Teobaldos, había agujeros para clavar antorchas de viento. Lucía aquel anochecer esta iluminación antiquísima por hacerse fiesta. Había también lujo de candelabros y muchos candiles encendidos. La cocina era un ascua de oro porque desde aquel mediodía honraba la posada pamplonesa el Duque de Toscana, Cosme III Medicis, que con una comitiva de cortesanos, geógrafos y pintores hacía por la España de Carlos II el Hechizado, aquel viaje famoso, cuyas relaciones inéditas va a publicar precisamente un joven crítico español (1). En aparadores y vasares relucían, como orfebrería de altar, peroles y calderos de cobre, bandejas de plata y de peltre, loza floreada y cuencos casi primitivos de lustrosa madera. El suelo de losas brillaba como lavado y bruñido con aceite reflejando el orden y el esplendor de la maravillosa cocina. Se podía bailar. Estaba hasta los topes llena la posada y en sus cuadras oscuras dormían caballos, asnos, mulos y parejas de bueyes junto a ligeras sillas de posta, bastes y toneles, carros pesados del país y carromatos y galeras venidos de lejos: de Francia, de Aragón y de las Dos Castillas.

(1) Angel Sanchez Rivero.

Sentado estaba el Duque en sitial de rojo damasco rodeado de su séquito. En diversos grupos se veían damas, caballeros, burgueses, cortesanias, galanes, traficantes, criados y así hasta unas cien o más personas de la más varia condición. El increíble frío tenía reunidas y aprisionadas a todas estas gentes al calor de la vasta cocina, donde todos buscaban entretener la ociosidad forzosa.

Se veían allí cinco bellas damas —una mejor que otra— escotadas y cubiertas de pedrería como de Versalles, sentadas a la luz de los candelabros y, cerca a la luz de los candiles, se veían rincones de bebedores, dados y naipes, con pipas holandesas como en los cuadros de Teniers. De los techos pendían aves y otras piezas cobradas por los cazadores, quesos, jamones, morcillas y chorizos, sartas de ajo y sartas de pimiento, dorado todo a una vibrante luz de llamas avivadas o flotando en la nube de humo. Dos titiriteros —viejo y niño— habían traído el antiguo negocio del Retablo de Maese Pedro, con sus paladines de Francia y de Bretaña, que habían divertido cien años antes al señor Don Quijote. Pero un lego jesuíta de Azcoitia, llamado Goitisoló, había arruinado sin querer la industria de los pobres titiriteros. Este ingenioso y entretenido lego había sido en Malta y en Aviñón, ayudante de laboratorio del famoso Padre Anastasio Kircher inventor algunos años antes de la linterna mágica. A causa de las grandes guerras que por todas partes había —eran las guerras de Mambrú y de Condé, del Príncipe Eugenio, —de los turcos en el sitio de Viena— y a causa de las grandes paces que por todas partes se publicaban, dieron al lego Goitisoló —que era un azcoitiano de los finos— varias delicadas misiones pontificias para cortes y campamentos. Y le dieron también una linterna mágica —la más hermosa que se pudiese imaginar y la única que anduviese por Europa— con la cual disfrazado de buhonero tirolés o de astrólogo veneciano pasaba las líneas de los ejércitos y las antecámaras de las cortes, divirtiendo por igual a cortesanos y a soldados, a príncipes y a capitanes. Traía vistas en colores de las maravillas del planeta, donde se veían las viejas islas del Oriente y las nuevas del Occidente, la ciudad de Roma y la ciudad de París, el Coliseo y el Louvre, el imperio del Gran Mogol y el imperio del Preste Juan, el Kremlin de Moscú y los canales de Venecia, las curiosidades de la historia sacra, natural y profana, el templo de Salomón y el Unicornio, los conventos de la Tebaida y el palacio de Circe, el telescopio de Galileo y el autómatas de Alberto Magno, el Dragón que tenía prisionera a la hija del Rey y los estanques de la antigua

Méjico. Los cristales habían sido pintados por Hosnaguel en la ciudad de Colonia y éste es un artista a quien conocéis porque en su *Theatrum Urbium* ha dejado una vista en colores del San Sebastián del siglo XVII. Toda la variedad de formas y colores que palpitaba en ciudades famosas y en ilustres fábulas del mundo, el entero espectáculo de lo sociable y de lo fantástico universal —todo aquello que a Robinsón ni viajes ni castigos enseñarían— el mundo de palacios y quimeras, templos y simulacros, castillos y leyendas, inventos y monstruos, jardines y comedias de amor, puentes imposibles y mitos diabólicos estaba allí en el artificio de la linterna mágica con sus cristales y su ampolla de luz dorada como un dorado sol de Roma. Se proyectaba por la primera vez sobre una vasta sábana nupcial de lino vascongado, cuyos hilos habían hilado las viejecitas de blanco pañuelo y tez oscura, porque este debe ser el destino de todas las tramas cándidas y humildes: verse un día transfiguradas por la proyección de algo universal y sorprendente, nuevo y maravilloso.

Cuando llegaron Robinsón y sus compañeros la sesión de linterna mágica había acabado y las luces estaban encendidas. Otra atención interesaba a los diversos grupos. La viola de gamba y la tiorba, el landitaliano y las vihuelas de corte a la española, iniciaban una redonda y suave música. Empezaba a soltarse la espiral de un giro de pavana. Los galanes se habían curvado con ceremonia ante las cinco damas sentadas en sus escabeles y ya las bellas elegidas recogían levemente las haldas de su guardainfante de meninas, avanzaban la paloma del pie y, como a un imán, los dedos de rosa se iban a los dedos de los galanes para formar un arco ligero... Apenas a esto se llegaba cuando un bufón giboso entró gritando con una furia de sainete:

«Plaza al compungido, al errante, al infalible solitario Don Robinsonte de Inglaterra, Caballero del Crusoé, nuevo Adán sin Eva, Polifemo sin Galatea, Ulises sin Calipso, monstruo de la naturaleza, estupefacto Diógenes, pasmo de Neptuno, odio de Venus, prodigio del Caribe, infortunado héroe de Britania y hoy orgullo y huésped de la Real Ciudad de Pamplona». Condujeron hasta el sitio del Duque a Robinsón, que surgió en la sombra de la puerta, extravagante, gordo, enorme y pelirrojo, peinado de trenzas, cubierto de pieles oscuras, de copos de nieve y de collares de perlas, cargado de armas y zurrones y con un papagayo en el hombro. Todos le rodearon y querían oír su historia porque ya se había esparcido la

fama de su llegada a Europa. Unos creían que había dormido miles de años como los durmientes de Efeso y era el superviviente de la Edad de Oro. Otros aseguraban que era un navegante castigado por las sirenas.

Estaba en la posada de Pamplona por casualidad, el hombre más opuesto a Robinsón que pueda imaginarse. Era este Lorenzo Magalotti, primer gentilhombre del séquito del Duque de Toscana, y el más pulcro, erudito y universal hombre de corte que pudiera hallarse en Europa. Tenía cinco años menos que Robinsón o sea 52 años, pero se conservaba ágil y juvenil y bailaba un momento antes, la pavana.

Se vestía según la más fastuosa y exquisita moda de Inglaterra como quien de joven agregado en Londres, había sabido brillar en la línea de las últimos Estuardos. Diplomático, hombre de mundo, hombre de ciencia—uno de los experimentados más interesantes y de la Escuela de Torricelli era, puede decirse, un volteriano amable casi cien años antes de Voltaire y un acabado tipo de Amigo del País— estudioso y práctico en Florencia de metalurgia y agricultura— cien años antes de Peñafloreda. En sus cien afanes diversos—teoremas o perfumes, experimentos de hidrostática o lances de amor— el Conde Magalotti se había ocupado con fortuna de países exóticos. Fértil en epigramas, alegre y benévolo, anticipaba quizá como nadie de su época, lo más enciclopédico y agudo del siglo XVIII, pero fué siempre tan católico que acabó profesando en Roma, viejo de sesenta años, en el Oratorio de San Felipe Neri. Largamente había corrido las Cortes, de Viena a Madrid y de Berlín a Londres, pasando por Versalles. Así se había cultivado como ninguno en la sociabilidad y en la cultura durante aquellos mismos 29 ó 30 años que Robinsón había pasado en la isla desierta lejos de toda inteligente compañía y aislado por completo de la historia civil y humana. Designó el Duque a Magalotti para interrogar a Robinsón y todos ya se prometían el más divertido de los diálogos. No contaban con que Robinsón, fuera de las expresiones más rudimentarias de relación, continuaba siendo en el círculo humano isla desierta y enturbiado monólogo. La distancia moral que le separaba de un hombre como Magalotti y de cualquier hombre civil equivalía a un obstáculo físico, a una atmósfera impenetrable que le rodease. Romper el hielo con Robinsón era un éxito momentáneo porque aquel hielo de 30 años volvía a cerrarse en seguida.

Cuanto más depurados y civiles fueran sus interlocutores más

animal, solitaria, cogitabunda y pasmada ante las luces era la actitud de Robinsón. Con nadie se entendía y animaba como con el salvaje negro Domingo hablando una jerga gutural que era medio inglés medio Caribe. A veces salía Robinsón con un entrecortado monólogo, descoyuntado y roto, sobre la Providencia, que era su obsesión, sobre la construcción de la primera silla, la canoa o el barco perdido para acabar haciendo oscuros pronósticos de sabor bíblico, porque Robinsón, a fin de fiestas, lo que creía haberse vuelto era un profeta. Los portugueses recibían estos discursos torpes y confusos como si fueron oráculos y los iban apuntando en un cuaderno a manera de suras del Korán. Donde andaba más lucido de ingenio era en materias económicas y así, habiendo denominado a su secta la Providencial Sociedad, mezclaba en ella las obscuras' nociones de un cristianismo que llamaba natural y razonable con unos vislumbres, nuevos en Europa, de seguros contra naufragios, seguros contra incendios y seguros de vida que eran el desarrollo práctico de sus ideas sobre la Providencia. En este lado, puede decirse comercial de su religión, se había asignado un gran sueldo inaugurando la teoría del profeta con sueldo de sociedad anónima y anticipándose así a esos profetas que se llaman Roosevelt o Wilson, Coolidge o Hoover. En esto no tenía pelo de tonto y aunque su Providencial sociedad no pasó de ser providencia para cinco gorriones portugueses tiempo vendría en que otros en Inglaterra y Estados Unidos desarrollasen sus ideas con magnífico éxito, porque es una paradójica virtud peculiar a una cierta mente anglosajona poder edificar sobre ideas confusas y alcanzar resultados claros y enormemente prácticos.

Una sola cosa animaba a Robinsón hasta electrizarle: la adulación, las alabanzas, la admiración. Ante el elogio, Robinsón se embobaba, abría los ojos y la boca como en éxtasis, tenía la respiración anhelante y agitada y dejaba caer su barba como el can viendo en alto un trozo de carne. Era el espectáculo obsceno de una vanidad insaciable y famélica —verdadera hambre de 30 años— satisfecha con una alegría y una fruición descomunales. Pero, ante las preguntas más sencillas, quedaba estupefacto, con los ojos proféticos al cielo, mesándose las barbas, abismándose meditabundo y sin saber qué responder ni por donde tirar como ante fachadas brotadas de la tierra y callejones sin salida. Se irritaba o regocijaba por las cosas más fútiles y se había vuelto incapaz de medir sus emociones. No podía tampoco prescindir de hábitos rudos y pueriles contraídos

en la soledad como tener que estar siempre cortando una, vara o un trozo de madera con su gran cuchillo montaraz mientras hablaba con las gentes. Estos cortes que hacía en la madera no tenían ninguna significación práctica, decorativa ni figurativa. Eran como un árido y duro deporte del cuchillo.

Un pastor de Navarra, en la soledad del Pirineo talla en la madera —como yo les he visto— rosas y estrellas, o labra, si es muy diestro, la imagen del Arcángel San Miguel el de Excelsis, Patrón de las montañas. Nada más extraño a Robinsón que labrar en su alma o en su cayado estas celestiales figuras: rosas, estrellas, el Arcángel de la flamante espada. Pero yo os aseguro que un inglés de la gran Inglaterra popular, católica, caballeresca, de la gran Inglaterra imaginativa, civilizada y sensible —Inglaterra que canta toda en Shakespeare y no muere del todo, no, con la Iglesia Anglicana como muere con el puritanismo o el metodismo— un inglés de estos, hubiera sabido esculpir a su bello San Jorge, alanceando al dragón infernal, para hacerse una alegoría del espíritu, que quiere matar como a dragón inmundado cada día de vacua soledad.

Pero, Robinsón, tenía esa mente subinglesa que no pasa de Salvation Army y Sociedad Protectora de Animales y era como el absurdo precursor de algunos subfilósofos yankys como Wiliam James y Orisson Sivett Marden, esos de la formación del carácter, el optimismo religioso instintivo, el modo de triunfar en los negocios, la psicología del ahorro, etc., etc. Hubiera fundado también esas sociedades incoloras de Jóvenes Cristianos como la I. M. C. A. o esos refugios, como hay muchos en Nueva York, donde, por un sucio café con leche, las damas metodistas se creen con derecho a aburrir a la juventud desvalida con un frígido y robinsoniano moralismo pedagógico, propio para hacer preferir inmediatamente las galeras a la moralidad. Como ha dicho muy bien un gran inglés viviente, de los de puro y alto linaje, el mérito mayor de esas gentes parece consistir en haberse creado una misericordia más glacial aún que su justicia.

*
* *

Para acabar, volvamos a la alegre cocina de Pamplona, donde el Señor Duque había mandado sacar un buen dibujo de Robinsón Crusoe dándole como fondo la caverna en que había vivido tantos

años y por acompañamiento, algunos animales, minerales y plantas propios de una isla salvaje. En esto del dibujo estaban cuando Lorenzo Magalotti hizo este discurso: «Alteza: Pensaba que estamos bloqueado: aquí por la nieve, tal vez por algunas semanas porque ía inaudita crueldad del cielo antes mayor hostilidad que tregua nos promete y en muchos días no podrán de ninguna manera, ser practicables los caminos. Nos encontramos sin embargo por única piedad de la suerte en la más gentil compañía de damas y de caballeros, con otras buenas, llanas y domésticas gentes que aquí están y nos han demostrado en todo punto su respeto y buena crianza. Nuestra situación, se parece en un todo a la que pinta para justificar su Heptameron aquella incomparable Margarita, reina y señora de Navarra, cuando una apuesta comitiva de damas y galanes, sitiada por una terrible inundación en la colina donde tenía su posada, se dispuso a ordenar su entretenimiento por medio de siete veladas, donde se trataron placenteras cuestiones y se narraron inolvidables cuentos. Otra muy semejante fué la causa del Decamerón nuestro, en aquella villa de campo cercana a vuestra ciudad de Florencia, donde siete doncellas con algunos de sus amadores, sitiados por la peste, se juntaron a relatar aquellas primaverales novelas de donde a ellos y a la posteridad vino tanto gusto como moralidad y enseñanza. Tampoco tuvieron ocasión muy diversa los diálogos del Cortesano en la corte de Urbino, que recogió con claro ingenio y rara elegancia Micer Baltasar Castiglione, porque el impedimento del duque aquel, baldado de las piernas durante varios años, reunion y retuvo en torno a su sitial aquellos excelentes interlocutores. Quiero decir aquí, si me lo permitís; Alteza, que del impedimento puede y debe tomarse pié forzado para la complacencia y perfección del espíritu. El alma de Robinsón se me figura, por lo que la hemos practicado, tan congelada y obstruída como nuestros caminos y tan entumecida y sorda como las entrañas del invierno. Imagino que de ninguna manera conjuraremos mejor la inclemencia del tiempo ni daremos mejor empleo a nuestra forzada reclusión como preparando la bonanza y el deshielo en el alma aterida. y obtusa de Robinsón Crusoe y sacando sus potencias humanas de la cárcel de soledad en que viven postradas todavía. Os propongo disponer, Príncipe, nueve veladas o coloquios alegres alternados con música y canciones para enseñar a sonreír a Robinsón con todos los modelos de sociabilidad. La primera, sobre los juegos, bailes y alardes; la segunda, sobre los espectáculos; la tercera, sobre la vida

de corte y el palacio de campo; la cuarta, sobre la amistad y el banquete; la quinta, sobre la concordia de las musas; la sexta sobre la fortuna al servicio de la educación; la séptima, sobre la belleza de las mujeres; la octava, sobre el arte de amar y la novena, sobre la razón de todo linaje de sociabilidad y de alegría».

Pero aquello amenazaba a convertirse en una Academia y ya la hora —como a nosotros— advertía que la cocina andaba impaciente. Giraban los orondos asadores, se atizaba el fuego, se le alegraba con ramos de abedul, cantaban las ollas profundas y los pil-piles de las anchas cazuelas. Ya reía en los jarros el chorro de vino de las cubas y ya, manos de frescas mozas tendían y alisaban blancos-manteles. A Robinsón Crusó le pusieron en la mesa entre los dos mayores soles de hermosura, que eran dos rubias damas de veinte años. Ellas le servían el vino, ellas le trinchaban el asado, ellas le ponían en la boca descomunal los buenos bocados y Robinsón aprendía, por la primera vez, la risa dé sociable humor que quizá no había tenido nunca, antes ni después de la isla desierta. Ellas le cantaban:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido

Robinsón no veía reír al Duque ni oía bromear al Conde. Cuando se llegó a los dulces y licores veía la mesa como un raudal acuoso de pedrería. La cabeza le daba vueltas y las dos bellas criaturas le parecían hadas de los cuentos ingleses de su niñez. Sus bocas eran como las frescas bocas olvidadas e inolvidables que había besado alguna vez en sus sueños de adolescente. No, no se atrevía a amarlas, pero sin duda entonces empezó a recobrar Robinsón los lazos que le reunían a la especie y al cabo a la naturaleza, no como solitario monstruo sino como partícipe liberal y humano. Acabó la comida como en visiones. Róbinsón fué a sentarse junto al fuego y allí le dejaron irse durmiendo dulcemente con la paz de los niños, mientras unos jugaban a dados y cartas, otros tañían músicas y otros rodeaban al Duque y al caballero, que hacían las delicias de las damas. Se hundió Robinsón en un suave sopor y oía cada vez más confusamente los rumores de la conversación, de las risas y de la música. En tejados y gargolas y canalones sonaba la lluvia torrencial de media noche como un anuncio lejanísimo de primavera y el viento silbaba a lo lejos su larga zarabanda. Los rumores se fueron apagando y Robinsón tuvo el sueño más dulce de su vida. Soñó que era Noé dormido en la noche interminable del Arca y por esa

confusión propia de los sueños soñó que al mismo tiempo era Noé embriagado con- el primer vino. Revivió toda la dulzura de una gran compañía familiar, salvada del diluvio y del cataclismo, y navegó tranquilo sobre las aguas rodeado de hijos, mujeres y animales, en una sociedad victoriosa de la naturaleza, donde las mismas bestias de la tierra se salvaban de la catástrofe mortal, al amparo del constructor humano. Se dió cuenta de que había levantado en su isla una moral nacida muerta, hasta representar en la escena del universo el papel lamentable y estéril del héroe sin amor, el único héroe sin amor en toda la historia de los héroes. La hermosa muchacha que espera, allá en Tipperary, no había esperado para él y ni su soledad ni su retorno habían podido ser nada, porque sólo se tiene soledad cuando se ha tenido alguien a quien decir adiós y sólo se tiene retorno cuando hay un corazón que nos espera. Ahora, dormido junto al fuego queremos piadosamente pensar que Robinsón renacía y se redimía. Por su alma pasaban las mujeres bellas y fuertes de la Biblia —único libro que en la isla tuvo— y cuyo entrañable poder jamás había comprendido a la manera del hombre sin hijos que nunca entenderá profundamente los hijos de los otros. Creyó que Ruth, la moabita, venía como en la historia sacra a cobijarse bajo su manto y a hacerse dulce esposa suya en las tinieblas. El héroe de un glacial y triste apogeo protestante se redimía acaso con la familiaridad de las divinas imágenes concretas y carnales, origen de toda emoción y de toda fantasía. Acaso, en él, empezaba así a ser posible la reacción libertadora: Gulliver fantástico y satírico que quisiera poder amar a la Reina enana y a la niña gigante y aquel otro del Viaje Sentimental, que tan tierno y delicado humor lleva a las posadas de Francia y tan viril y espiritual nostalgia esconde en el fondo de su pecho. Junto al fuego de la tibia cocina pamplonesa este mal inglés, frígido, limitado, solitario, obtuso e individualista —tan incapaz de compañía como incapaz de júbilo— se pudo así empezar a volver un buen inglés de aquella nobilísima nación amiga de la danza y de la música, que se llamó antes de la Reforma «Merry England», la Joyeuse Angleterre y cuyo antiguo grito católico de guerra era el más hermoso de Europa «San Jorge por la Alegre Inglaterra».

Rafael SANCHEZ MAZAS